

Nº 558
10
Diciembre
2021
Viernes



Leer en Navidad

Emilio Álvarez Frías

Toda mi vida ha estado marcada por la pasión a leer. Desde bien temprano me embarqué en esta afición, bebiendo los libros que había en la breve biblioteca de mi padre. He leído de todo porque ansiaba saber y conocer lo que las gentes anteriores a mí pensaron y escribieron, aunque no puedo decir que mi meollo haya aprovechado como debiera lo que habían escrito en todos esos libros. Pero algo quedó.

En todo ese racimo de libros que pasó por mis manos no pocos estaban dentro de la literatura narrativa. De todos los tipos, de todos los ambientes, desde la novela de aventuras en mi tiempo mozo, hasta las más sesudas a medida que los años me iban encaminando por los grandes autores del género. Teniendo que agradecer no poco a José Manuel Lara el suministro de material al fundar la editorial Planeta en 1949, y posteriormente cuando, en 1952, crea el Premio Planeta, que junto con el Nadal, nos presentaban de lo mejor del momento.

Tras la transición, la cosa cayó no poco, pues fueron desterradas las magníficas firmas que publicaron en los años de la preguerra y después de la misma, sustituyendo a aquellos grandes novelistas, autores de teatro y guionistas de cine, por unos escritores mediocres, plastas hasta el agotamiento, que se hicieron famosos con obras procaces, obtusas y unos bodrios monumentales que trataban de poner de manifiesto la «nueva cultura» –que hoy diría Pedro Sánchez–, pero carente de imaginación y valores agregados, –salvo excepciones, que sin duda las hubo– que es lo importante en literatura. Afortunadamente me pilló en una época en la que estaba muy ocupado y me resultaba imposible dedicar tiempo a mi gran afición.

Cuando de nuevo pude recogerme para disfrutar teniendo un libro entre las manos, e introducirme de lleno en la creación literaria, sorpresivamente me encontré con que habían ido surgiendo unos escritores magníficos, entre los que casi se podía decir que predominaban las mujeres. A lo que colaboraba, fundamentalmente, el Premio Planeta y la editorial que lo mantenía año tras año. Ahora continúo gozando diariamente de lo que cae en mis manos.

En estos momentos acabo de terminar la lectura del último Premio Planeta, titulado *La bestia*, firmado por Carmen Mola, seudónimo de la trínca que forman sus autores, Jorge Díaz, Antonio Mercero y Agustín Martínez, situada en

el Madrid costumbrista de 1834, un Madrid cutre e inacabado, con los problemas del cólera, los carlistas, en los que una asociación mafiosa y oscurantista asesinaba a niñas de los barrios miserables para, con su sangre, salvar la vida de sus socios secretos. Sin duda es una novela bien tramada y desarrollada que nos muestra un Madrid que de ninguna forma quisiéramos haber vivido y, para mí, con el mérito de estar escrita por tres autores, cosas que me parece difícilísimo...

El premio finalista lo obtuvo Paloma Sánchez-Garnica por la novela *Últimos días en Berlín*. La autora ya cuenta con un buen ramillete de novelas publicadas con éxito. El tema se desarrolla, fundamentalmente, en el Berlín de Hitler y en la Rusia de Stalin y Beria. Es una obra magníficamente concebida, documentada y desarrollada, que tiene lugar en el tiempo que transcurre desde el principio del nazismo hasta el fin de la segunda guerra europea, y pone de manifiesto qué puede pasar en un país donde surge un iluminado que se hace con todos los mandos del mismo, o un déspota que lleva el comunismo hasta sus últimas consecuencias, uno y otro ejerciendo un control totalitario sobre la población y un sometimiento absolutista, de esclavización, opresión y tiranía inconcebibles. Y, naturalmente, todo ello disfrazado de bengalas que prometían libertad por todos los costados. (¡Nos suena algo!).

Si yo hubiera estado en el elenco que fallaba los premios, habría concedido el premio a *Últimos días en Berlín* y como finalista *La bestia*. Pero doctores tiene la Iglesia.

Traigo este tema con la idea de recomendar a los lectores intenten leer ambas novelas en éstas medio vacaciones navideñas; pero si solo pueden leer uno de los dos volúmenes, que se enfrenten con *Últimos días en Berlín*.

Puestos a recomendar, como nadie me lo impide, incluso pondría *Últimos días en Berlín* como de obligada lectura en las clases de literatura de nuestros jóvenes, si es que existe todavía esa asignatura... Lo que hago con alegría, cantando un villancico ante el Belén que hoy nos acompaña, debido a «alfareros de Castilla-La Mancha».



* * *

Don Juan: ser Rey a cambio de entrar en la Guerra

Luis E. Togores (*El Debate*)

Los monárquicos soñaban que el pretendiente llegase al trono a cambio de la entrada de España en la Segunda Guerra Mundial

A comienzos de 1941 los monárquicos juanistas tejían una tela de conspiración con el objetivo de que don Juan lograra ser rey de España. La camarilla monárquica envió dos agentes para establecer contacto con las autoridades alemanas del III Reich con la finalidad de informarles de la promesa del pretendiente de entrar en la guerra a cambio del trono de España.

El subsecretario de Estado alemán Woermann remitió a Karl Megerle, del equipo del ministro de Exteriores Ribbentrop, a los enviados de don Juan.

Los agentes juanistas explicaron que el régimen de Franco y de su cuñado Serrano Suñer era manifiestamente incapaz y que estaban conduciendo a España a la disolución. Pedían a los alemanes separar a Franco del poder y traer la restauración monárquica a España. En sus conversaciones hablaron del enorme apoyo que tenían entre los militares, llegando a afirmar que el ministro del Aire Vigón era uno de los principales partidarios de su plan para la restauración.

Presentaron a los alemanes un programa en el se decía: «(...) en la nueva ordenación europea, que será el resultado de la guerra actual, que se mantiene en Europa, y en la que disputan entre sí dos concepciones de vida completamente distintas. De este modelo, la Monarquía Española se uni-rá a esta concepción socioeconómica, al contrario que la plutocracia judía capitalista, para que, en el futuro, los pueblos puedan vivir bajo la protección de la dignidad social, de la libertad económica y de la implantación de su virtud nacional».



El subsecretario de Estado Woermann remitió a Ribbentrop el informe de Megerle sobre sus conversaciones con los enviados de don Juan. Los alemanes nunca dieron verdadera importancia a las conspiraciones juanistas contra el Generalísimo español. La «restauración monárquica no figuraba en la línea política alemana», aunque pensaba que podía resultar interesante, afirmaba Woermann «tener segura la persona de don Juan para Alemania». En paralelo a las conversaciones con los alemanes, sus maniobras contra Franco para forzar la entrada en la guerra se centraron dentro de España en intentar ganar el apoyo de militares azules intervencionistas como Yagüe, Asensio o Muñoz Grandes.

Ribbentrop, a través de Megerle, transmitió a los enviados juanistas que Alemania no se podía involucrar en los asuntos internos españoles, pero que mantendría relaciones amistosas con cualquier Gobierno amigo que se formase en España. Inmediatamente Ribbentrop procedió a informar a su embajador en Madrid de estas conversaciones que a su vez informó de las mismas a Serrano Suñer.

En la segunda entrevista de Megerle con los juanistas en Berlín, el 11 de abril de 1941, estos se sintieron defraudados con la contestación alemana. Criticaron la política poco decidida de Franco y al tiempo que sostenían que la evolución de los acontecimientos en España terminarían obligando a los alemanes a intervenir en la Península Ibérica. Afirmaron que solo la presión alemana sobre Franco en favor de la restauración monárquica podría evitar un golpe de Estado de los militares de consecuencias imprevisibles.

Los juanistas José María de Areilza y Vegas Latapié, aislados y desconocedores de la realidad española, escribían el 15 de diciembre a Muñoz Grandes afirmando que los únicos que verdaderamente temía Franco era «el peligro monárquico».

Don Juan, a través de Vegas Latapié, contactaba de forma insistente con militares monárquicos como Vigón y con militares azules radicalmente belicistas. Algunos le daban buenas palabras, pero poco más.

Para un sector radical del Ejército, España debía entrar en la guerra como el único camino para que su patria recuperase su pasada grandeza, sentándose en la mesa de los vencedores de una guerra en la que no dudaban que Alemania lograría una victoria absoluta. Pero esta decisión dependía de Franco y de nadie más.

Don Juan jugaba sus últimas bazas. Intentó que Muñoz Grandes, el general



español con mejores contactos con Hitler, fuese la persona que liderase el movimiento que tenía que apartar a Franco del poder, con el decidido apoyo alemán, para traer la monarquía a España, a cambio de entrar en la guerra. Trabó contacto con Yagüe, un militar fa-

langista claramente intervencionista, quién sostuvo por carta que la deseable entrada de España en la guerra tenía que pasar por el jefe de la División Azul. Pero Yagüe estaba desterrado en el pueblo soriano de San Leonardo.

El 16 de diciembre de 1941 escribía don Juan a Muñoz Grandes para solicitar una entrevista entre ambos en el lugar que indicase el general de la División Azul. El general nunca le respondió y la entrevista nunca se produjo.

Don Juan también tomó contacto con los italianos. El pretendiente fue invitado por el conde Ciano, ministro de Exteriores de Mussolini, a una cacería en Albania en abril de 1942, pero la reunión no tuvo ninguna consecuencia.

Don Juan no tenía nada que hacer. Los apoyos de Franco eran mucho mayores de los que el más optimista de los juanistas podía pensar. A la hora de la verdad Yagüe y los militares intervencionistas descartaron provocar un conflicto armado en España para obligar a Franco a entrar en la guerra. España no estaba para otra guerra civil. Los destacados conspiradores juanistas Sainz Rodríguez y Vegas fueron confinados en Canarias, aunque lograron escapar en junio de 1942.

Los monárquicos soñaban que el pretendiente llegase al trono a cambio de la entrada de España en la Segunda Guerra Mundial, convirtiéndose así en un Quisling español. Don Juan nunca llegó a reinar a pesar de seguir intentándolo en otras ocasiones.

* * *

Masas cretinizadas

Cada vez con mayor frecuencia, las concentraciones de masas son convocadas desde el poder o al servicio de las causas o ideologías que interesan al poder, que las carga de mensajes emotivistas destinados a conseguir obediencia ciega, comportamientos pavlovianos y odio a los adversarios del poder.

Juan Manuel de Prada (*XL Semanal*)

Una amable lectora (una de las tres o cuatro que todavía me soportan) me pide que le explique el significado de «masas cretinizadas», una expresión que suelo emplear en mis artículos. Con mucho gusto satisfago su curiosidad.

Una de las sentencias más queridas por los demagogos de cualquier época (también en esta fase democrática de la Historia, en donde sin embargo Dios ya no pinta nada) es aquella que reza «Vox populi, vox Dei». Pero lo cierto es que las multitudes amontonadas suelen proferir cosas muy poco divinas, como ya se probó en el pretorio de Jerusalén, en tiempos de Poncio Pilatos. Puestos a identificar la voz humana con la voz divina, en el Evangelio de San



Mateo encontramos una frase mucho menos pretenciosa: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». Sospecho que en una reunión de doscientos o trescientos la presencia divina se hace algo más problemática; y no digamos si la multitud alcanza las decenas o los cientos de miles.

Allá donde se junta una masa excitada no sólo brilla por su ausencia la divinidad, sino también la más modesta humanidad. El mero hecho de pertenecer a una masa humana roba al hombre la conciencia de sí mismo (lo cretiniza); e, inevitablemente, lo arrastra hacia un territorio infrahumano donde lo personal no cuenta, donde no existen responsabilidad personal ni discernimiento de juicio, sino tan sólo una confusa enajenación más duradera y euforizante que la provocada por las drogas (y con una resaca mucho más llevadera). Además, esta enajenación de las masas suele ser contemplada de forma benévola, incluso entusiástica, por quienes detentan el poder, que pueden incluso alentar su práctica, siempre que la puedan aprovechar en beneficio propio (así se explica que hoy la mayor parte de las concentraciones multitudinarias tengan apoyo gubernativo e institucional).

Constituidas en comunidades, las personas muestran una gran capacidad de juicio y de discernimiento. Pero, agrupadas como una chusma, esas mismas personas se conducen misteriosamente como si no poseyesen facultad racional ni gozasen de libre albedrío. Drogadas por la misteriosa ponzoña que toda

multitud excitada segrega, caen en un estado tal de enardecimiento y exacerbación de las sugerencias que no sólo dan crédito a cualquier disparate que sea propagado, sino que también estarán dispuestas a acatar cualquier exhortación u orden, por irracional o perversa que sea. Por supuesto, esa misteriosa ponzoña siempre es estimulada por un demagogo que conoce los resortes de la psicología de masas: antaño la estimulaban desde una tribuna o estrado; hoy lo hacen, mucho más asépticamente, desde los altavoces que suministran los medios de adoctrinamiento de masas, o desde las llamadas «redes sociales».

Por supuesto, el delirio de la masa, cuando es suscitado por un disidente y en nombre de unos principios considerados subversivos, será condenado por quienes detentan el poder. En cambio, ese mismo delirio promovido por las gentes que detentan el poder (y en nombre de lo que se afirma como ortodoxia) será bendecido; y sus expresiones, convertidas en actos de ejemplaridad democrática. Pues los que mandan se valen del delirio de la masa para dos cosas: primero, para arrastrar a sus miembros a un estado infrapersonal de excitación pauloviana que los convierta en lacayos; segundo, para que su agenda ideológica sea percibida con gran complacencia por las masas, pues les brinda una ocasión propicia para embriagarse en su enajenación. Así, los diseños sistémicos manejan a su antojo el subconsciente de las masas cretinizadas, que para entonces no son ya capaces de ejercitar su razón ni son dueñas de su voluntad.

La masa es el equivalente social del cáncer. El veneno que segrega despersonaliza a los individuos que la componen hasta tal punto que los incita a conducirse con orgullosa irracionalidad, incluso con violencia salvaje si la ocasión lo merece. En esta fase terminal –coronavírica– de la democracia, las técnicas para explotar la ansiedad de los hombres degradados en masa han alcanzado un grado de perfección único en la historia, merced sobre todo a los adelantos tecnológicos. Ahora todo el mundo se halla a merced de los demagogos, capaces de concentrar multitudes condicionadas por lecturas superficiales u obnubiladas por retóricas demagógicas que desintegran la conciencia personal de sus destinatarios, agrupándolos en un rebaño y alucinándolos con abundantes apelaciones emotivistas que son, por una parte, incitaciones al odio y, por otra, a la obediencia ciega.

* * *

Crear espacios de libertad

Se prohíben conferencias, se suprimen divulgaciones, se acalla a pensadores, se reprime a los oyentes, se queman libros y arte.

Isidro García Getino (*Tadición viva*)

En una España dominada por políticas socio-comunistas, *necesitamos* crear espacios de libertad; necesidad urgente, pero no solo aquí, también en todo el Occidente donde lo «ideológicamente correcto» es lo «políticamente impuesto». Tal es el estilo «democrático» de gobernar, hasta con leyes totalmente injustas. Con ello tenemos lo absolutamente opuesto a la libertad.

Los que somos cínicos a lo clásico (no como hoy se entiende cínico), estamos lejos de la felicidad impuesta desde la política, consistente en, como muy bien dice G. Gual: «ser tonto y tener trabajo».

Los cínicos clásicos respetamos nuestro pensamiento libre, decimos la verdad sin temor y denunciarnos: las normas injustas, los falsos derechos sociales, la violación de derechos, los hábitos destructivos de los jefes y a los lobbies anti-sociales bien untados por los poderosos de aquí y de allende los mares, que aplastan a los débiles y a todo el que se les enfrenta en libertad.

En España son más urgentes los espacios de libertad dado que aquí gobierna la mentira y jamás la mentira ha hecho libres, solo «la verdad nos hace libres».

Para defender a la ciudadanía de lo woke –el neologismo ese que incluye al feminismo ultra, a la raza, la homosexualidad, lo trans y el cambio de clima; o sea, marxismo subyacente– en EEUU se ha creado una universidad en la que



tratan de «recuperar la misión de buscar la verdad», o sea, la única misión de toda *Universidad*. Recuperar lo perdido. Aquí necesitamos esa universidad.

Lo woke no es sino imponer un proceso de infantilizar a las masas jóvenes en su periodo de formación más proclive al fanatismo inducido, en ellos calan profundamente ideologías de género, raciales y fanatismos ambientales que hoy dominan el debate académico, igualado al callejero y al político.

Lo woke tiene un importante componente de miedo, el mayor coartador de la libertad. Además, inhibe toda actitud racional, impide el pensamiento crítico, el debate constructivo y poder cuestionar las irracionales ideologías en boga, anticientíficas y hasta inhumanas. Se trata, en todo caso, de limitar, engrillar la libertad para que nadie, en espacios académicos, se permita hablar en libertad o denunciar: el pensamiento irracional, la imposición de ideologías, la argumentación anti-científica, la expresión encadenada, todo lo que es ideología única y políticamente correcta.

Lo woke tiene un importante componente de miedo, el mayor coartador de la libertad. Además, inhibe toda actitud racional, impide el pensamiento crítico, el debate constructivo y poder cuestionar las irracionales ideologías en boga, anticientíficas y hasta inhumanas. Se trata, en todo caso, de limitar, engrillar la libertad para que nadie, en espacios académicos, se permita hablar en libertad o denunciar: el pensamiento irracional, la imposición de ideologías, la argumentación anti-científica, la expresión encadenada, todo lo que es ideología única y políticamente correcta.

¿Nos dejan pensar? ¿Podemos investigar? ¿Se puede defender y argumentar con la ciencia? ¿Sirve para algo la realidad real, no ideologizada? Preguntamos por esos espacios de libertad. Y lo que encontramos es:

La tendencia a eliminar, destruir, quemar, anular, cambiar, aniquilar todo lo que no sigue los cánones woke, lo que imponen las masas ideologizadas, con las mentes recortadas al patrón del pensamiento único. Son limitaciones que reducen el pensamiento y la palabra, se quedan solo con la acción destructora para aniquilar la evolución humana y la cultura, el arte, la ciencia, el humanismo y hasta la especie.

Se prohíben conferencias, se suprimen divulgaciones, se acalla a pensadores, se reprime a los oyentes, se queman libros y arte. Se trata de eliminar todo lo

que no sea ideología impuesta, excluyente y limitadora. Progresismo aniquilante, reducir todo a la miseria irracional. Sin pensamiento ni palabra, solo la obra a pedrada, insulto, destrucción y devastación bajo el imperativo ideológico de raza, género, color, tendencia o capricho sexual, memoria sin historia y política sin pueblo.

Una vez ocluidos los espacios de libertad con barreras y grilletes, se impone la esclavitud del pensamiento único con su arma favorita, el miedo.

Su bandera: el subjetivismo más ridículo que nada tiene que ver con la libertad de elegir, solo la sumisión a la tendencia, al capricho del momento, a la moda género y a la masa woke.

Liderazgo: manipuladores apoyados por un estado omnímodo de ideal comunista apoyado por el FEM (Davos), la ONU, el NOM, la CE, apátridas todos.

Finalidad oculta: la pedofilia generalizada (expresamente declarado por lobbies en América, donde se puede expresar sin reparo) para goce de los manipuladores, que son sus inductores solapados tras siglas ensombrecidas.

Fundamento: el deseo fluctuante de pelele progre. Las tecnologías favorables que someten a los débiles y a los tontos útiles.

O sea, el Gran Hermano de Orwell en estado puro y bien politizado. Lo que llega de la ONU, elaborado en Davos, apoyado por la CE como correveidile y endulzado por PS a la cabeza de la juerga española para solaz de los Bill, Soros, Biden y demás gandules al frente del Occidente progre, desnudo de principios, de valores, de bases y de criterio.

Necesitamos pertrechar espacios de libertad a nivel nacional, Polonia es un ejemplo (mal que les pese a muchos). Desde el pensamiento cínico a lo clásico, buscadores de la verdad y de la justicia; esas dos bondades tan ausentes en política, en España, en Occidente, en la ONU, en la CE y, sobre todo, en PS.

* * *

Progresismo íntimo a la luz de las velas

Ángel Pérez Guerra

Contaban los veteranos de Sevilla que allá por la incipiente posguerra hubo un carbonero en la muy trianera calle Castilla –paradojas del lugar– que surtía con el género que podía al vecindario al que aún quedaban cupones en la cartilla de racionamiento. En aquella época, el carbón era tan indispensable como el escaso alimento que se preparaba en las cocinas económicas o en los fogones de los hogares. Una mañana, cuando los clientes se encaminaron a la carbonería se la encontraron cerrada. Un aviso, escueto y elocuente, rezaba así: «Se acabó el carbón. Segundo Año Triunfal».

Nuestro carbonero se la jugó sin duda, pero al igual que *La Codorniz* con su antológica portada («En España reina un fresco general procedente de Galicia»), fue lo suficientemente inteligente como para redactar de forma que resultara intocable. La verdad nos hace libres, entonces como ahora, y en todo caso lo incuestionable del asunto es que aquel silogismo estaba formado por

dos términos irrefutables: el carbón se había agotado y aquél era, oficialmente, el II Año Triunfal. Ignoro cómo se las apañarán los trianeros –sobre todo las trianeras– para dar de comer a su plebe aquel día. Posiblemente la dieta en aquel momento admitiría cualquier sucedáneo alternativo a una cocina caliente.

Salvando las distancias, que nuestros gobernantes se empeñan en acortar, todo parece indicar que volvemos a un ciclo de consumo energético obliga-

damente menguante, precisamente cuando alcanzan su clímax otras políticas de proclamas. Nos obligan a poner las lavadoras de madrugada, a privarnos de hacer con el coche los mismos kilómetros que antes de la pandemia, a rehacer las cuentas tachando gastos a los que la sociedad de consumo y el estado del bienestar nos tenían acostumbrados. Al mismo tiempo, se sacan de la manga derechos de colectivos que como tales no pueden ejercerlos, ya sean territoriales o libidinosos, se transforman la escuela y las universidades en centros



de adoctrinamiento progresista y se riega de millones a oenegés cuya titularidad última y financiación se pierde en un entramado que casi siempre tiene su origen entre los nombres más poderosos de la economía mundial. Se busca machismo hasta en los dibujos animados de mayor arraigo entre los niños (y las niñas), se persigue a famosos ricos por acusaciones sin carga de prueba y sólo porque lo manda la agenda progre que ya encontró hace tiempo en la guerra de sexos un buen reemplazo para la extinta lucha de clases. Por supuesto, el medio ambiente y los animales gozan de más protección que el ser humano, al que se condena a muerte en el claustro materno sin que haya una sola organización pro derechos humanos que ose elevar la menor sombra de protesta. El mundo se ha vuelto muy progresista, pero los talibanes vuelven a ocupar sus puestos de antaño, ahora en las torretas de los blindados norteamericanos porque Occidente, tan progresista él, ha salido de allí por patas, con el comandante Biden a la cabeza.

Así las cosas, tal vez debamos ir pensando en desempolvar las velas. Lástima que la cerería del Salvador, que era tradicional abastecedora de cabos, ya no esté donde se mantuvo durante un siglo chispa más o menos. Las llamitas cedieron a los leds, que son más limpios, salvo en el mundo de las cofradías, pero como éstas han sido barridas por el virus chino...

A la luz íntima de las velas todo será más natural, más respetuoso del medio, hasta que a alguna voz ociosa de la extrema izquierda bien patrocinada le dé por defender a las abejas, pobres hembras ellas sometidas al heteropatriar-

cado de los abejorros. A lo mejor entonces tenemos que volver a las nucleares. Francia tiene sesenta a pleno rendimiento. No sé qué opinaría de ello la Conferencia de París.

* * *

Saludo a NEOS

Rafael Sánchez Saus (*Diario de Sevilla*)

Hace algunos años se puso de moda apelar a la movilización de la sociedad civil. En una España acostumbrada desde hace siglos a esperar del Estado la solución de los problemas más nimios –hasta el punto de que sólo aquí se produce la abusiva identificación entre nación y estado que tanto difumina a la primera–, aquello sonaba a cosa anglosajona, más a sillón de club que a banderín de enganche, que es lo que un español asocia con la palabra movilización. En lo que uno recuerda, los deseos de moverse eran pocos, sobre todo cuando se adivinaba que había que empezar por abrirse moderadamente de capa en temas de bolsillo.

Tal vez hayan cambiado los tiempos junto con los vientos porque esta vez parece que sí, que algo se mueve en esa sociedad civil con todavía tan escasa fe en sí misma. Y un síntoma puede haber sido la puesta de largo de NEOS (acrónimo de los puntos cardinales



en orden pronunciable) el pasado 26 de noviembre en Madrid y ante cerca de un millar de personas convocadas por lo que se presenta como una «alternativa cultural que pretende aunar esfuerzos y sumar a personas e instituciones para lograr una regeneración moral y política de España».

Una cosa así sólo puede surgir del ámbito de esa derecha social que parece por fin despertar, y a nadie puede sorprender que su impulsor haya sido el infatigable Jaime Mayor Oreja, junto con las planas mayores de la fundaciones Villacisneros, Valores y Sociedad y Ángel Herrera Oria, más el soporte de un buen número de universidades católicas.

Entre los objetivos inmediatos de NEOS, con un inusual fundamento intelectual que se puso de manifiesto a lo largo de todo el acto, aparecen la defensa de la Corona, el impulso de una estrategia de valoración de la nación más allá de la referencia constitucional y contra las tendencias secesionistas y la autodeterminación, la colaboración con las asociaciones defensoras de la lengua española, la protección de la libertad religiosa, la crítica a la Ley de Memoria Democrática, el estudio de la probable inconstitucionalidad de la Ley de Eutanasia, el lanzamiento de una iniciativa legislativa popular por un plan integral de cuidados paliativos o la constitución de la Asamblea por la Vida en

pro de la dignidad y la libertad de la familia. Mucho parece, pero es que cualquier alternativa al actual estado de cosas debiera fundarse sobre la respuesta previa desde el campo de la cultura y las ideas.

* * *